

(02075)

Sorpresas te da la vida

EN LA CAFETERÍA “LA CAMA”

En la cafetería “La Cama” su propietario no paraba de dar instrucciones a los empleados. El buen hombre andaba excitadísimo porque desde hacía cinco minutos estaba en su prestigioso establecimiento, un lugar donde la gente “bien” de Mospintoles acudía para relacionarse y tomar unas copas con la máxima discreción, la que en unos días iba a ser proclamada nueva alcaldesa de la ciudad: María Reina. Octavio Hermosilla, hombre cordial y discreto, se movía con rapidez entre las mesas del reservado procurando que todo el mundo estuviera cómodo.

No era la primera vez que aquella señora de tan buen ver aparecía por la cafetería, pero su ascenso a máxima regidora de la ciudad representaba para él una excelente noticia. Confiaba en que, a pesar de las nuevas circunstancias, siguiera siendo clienta habitual aumentando así el pedigrí del local y confiaba también en poder plantearle un día la problemática de los pequeños y medianos empresarios de Mospintoles a los que él representaba. Por eso no perdía ojo de todo lo que sucedía alrededor de la futura alcaldesa, sentada en un lugar discreto de la cafetería, procurando que no faltara un detalle, desde un ramo de flores que había mandado traer a su mesa a una invitación de la casa.

– Tranquilo, Octavio, que te va a dar un ataque... – le dijo Eleuterio, un parroquiano de confianza que se pasaba más horas en la cafetería que en su casa.

Hermosilla iba a responder cuando vio cómo la mano izquierda de María, a la que no perdía ojo, se levantaba sobre el resto de las cabezas de sus acompañantes. Allá que acudió a toda velocidad.

– Dígame, señorita...

– Por favor, Octavio, me ruboriza... Aquí sólo soy un cliente más.

– Lo siento, doña María...

– María a secas, como siempre.

La alcaldesa le guiñó un ojo y Hermosilla se derritió. Aquella mujer, que siempre acudía acompañada, a veces con camaradas del partido, a veces con el palurdo de su marido, cada día estaba más guapa y atractiva. No podía remediarlo: le hacía tilín y tolón.

A los diez minutos la mayor parte de los acompañantes de la “alcaldesa” se habían largado de la cafetería. Sólo quedó su guardia pretoriana, su gente de máxima confianza.

— ¡En estos momentos tenemos mejores relaciones con la oposición que con una parte del propio partido!

— Eso no es verdad, Alfonso. — El aludido era un miembro destacado del equipo, un tipo bastante lenguaraz y pelotillero, al que María recriminó sin contemplaciones —. Además, éste es el sitio menos indicado para hablar de eso.

María ya ejercía de líder y sus opiniones eran órdenes. Alfonso — quizás porque la ginebra que estaba tomando se le estaba subiendo a la cabeza, cosa nada rara en él — estaba olvidando que las luchas internas y las puñaladas traperas que hay en todos los partidos políticos — incluido el suyo — jamás deben ser expuestas de puertas afuera bajo pena de expulsión directa o bajada a los infiernos. En toda formación política que se precie hay un principio sagrado: la disciplina interna, la cual garantiza, a su vez, que el jefe (o jefa) siempre tenga razón. La gente, que no es tonta aunque así lo crean la mayoría de quienes dirigen esos partidos, no suele creerse nada de estas pantomimas externas del buen rollito y la sana camaradería, pero eso qué importa. Al fin y al cabo el personal sólo les toca las narices cuando vota cada cuatro años unas listas de candidatos: cerradas, ordenadas y bloqueadas para evitar así males mayores. Votar en estas condiciones está en las antípodas de la emisión de una opinión libre o un dictamen crítico, reduciéndose a un simple “sí señor”, “lo que usted quiera, madame”, pero eso a ellos y ellas les trae al paio.

Dijese lo que dijese la futura alcaldesa, medio Mospintoles sabía que desde las primarias el partido de María y Segis se había dividido en dos grandes bandos y que el éxito de las elecciones había profundizado aún más la división pues el sector derrotado pretendía mantener su alta cuota de poder frente al sector triunfante.

— Los auditores nos van a decir lo que ya sabemos — intervino de nuevo Alfonso, volviendo a meter la pata y jugándose otra buena reprimenda de la jefa —: no hay un puto euro en el Ayuntamiento, sólo deudas y más deudas. Es más: el equipo saliente está borrando muchas huellas. Se han roto papeles comprometedores, se han sacado del Ayuntamiento cajas enteras de documentos. Que eso pase cuando se produce una alternancia política, no es normal pero entra dentro de lo imaginable. Lo que resulta increíble es que ocurra cuando va a seguir gobernando el mismo partido...

— Como sigas hablando en este plan, aquí y ahora te mando de patitas al paro — aclaró María, conocedora de todas estas presuntas tropelías pero fiel guardiana de las esencias del partido, máxime cuando ahora era ella su líder. —. Los trapos sucios se lavan en casa, Alfonso. ¡Y deja de beber ginebra, coño!

A la admirada y bella María la doble intervención de aquel peón de su máxima confianza — un hombre con grandes conocimientos económicos y muy trabajador, aunque bastante ligero de cascos — le había provocado una gran irritación. La futura

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

alcaldesa ya tenía bastantes frentes abiertos, pese a su holgadísima mayoría absoluta, como para perder el tiempo con el sector derrotado del partido. Con el ceño fruncido y la mirada fiera en dirección a Alfonso, la lideresa echó siete llaves sobre aquel polémico asunto.

– El partido ha sido, es y será una piña. ¿Alguien opina lo contrario?

De pronto entró por la puerta de la cafetería. No había duda alguna en que era “Él”.

– Buenas tardes a todos...

A la velocidad del rayo acudió solícito el señor Hermosilla pero más rápido aún anduvo López. Directamente se fue hacia el reservado, a la mesa donde estaba María Reina, dejándolo con el saludo a medias. En cuanto se percató de su llegada la futura alcaldesa se levantó y ambos se besaron muy cordialmente. Lo que aparentaba ser un encuentro casual en realidad estaba perfectamente planificado por López.

– Otra vez mi enhorabuena, María. Los mospintoleños han acertado plenamente eligiéndote como su alcaldesa. Cuenta conmigo para todo lo que necesites.

– Gracias, López. Siéntate, hombre. Ya es casualidad que me hayas pillado aquí, charlando con la gente de mi equipo y con plena confianza...

– ¡Benditas algunas casualidades! ¿Qué tal, señores?

Antes de sentarse al lado de María (ya se cuidó Alfonso de levantarse para dejarle su sitio, al tiempo que iba en busca de una silla que ya traía presuroso Hermosilla, pendiente de todo) López saludó a los presentes.

– El año que viene subiremos por fin a Primera División, señor López... – la observación le llegó disparada casi a bocajarro al tiempo que despejaba los nubarrones que momentos antes se habían cernido sobre el grupo.

– Es más fácil conseguir mayoría absoluta en unas elecciones que subir a Primera. Ya ven lo que nos ha ocurrido al final: nos quedamos a las puertas de poder participar en la fase de ascenso. Pese a ello todos estamos muy contentos. Tendremos un año más para consolidar mejor nuestro proyecto.

– ¿Quiere decir que lo mejor que le ha podido pasar al Rayo es no haber subido a Primera tan pronto? – la pregunta iba directa a la yugular, como si de un navajazo se tratase.

– Eso lo dice usted. Yo digo que los grandes proyectos deportivos, para que no queden en agua de borrajas a los cuatro días, necesitan consolidarse en el tiempo y dotarse de músculo tanto financiero como patrimonial o social. Tenemos el mismo potencial económico y de población que otros modestos equipos que ya militan en Primera pero necesitamos tiempo y recursos para asentar con base firme nuestro gran proyecto. A veces llegar a la cima es muy fácil y rápido. El gran problema es cómo mantenerse en ella. Las prisas no son buenas consejeras. Sólo en ese sentido digo que quizás nos ha venido bien el no haber podido subir a Primera en esta temporada.

La parrafada de López convenció a todos los presentes. El salto deportivo del Rayo hacia la Primera División del fútbol español –de haber ascendido en esta temporada- habría sido tan espectacular que probablemente la caída de nuevo al abismo habría seguido la misma velocidad.

– Hay rumores de que un club de la Comunidad quiere fichar a Piquito...

– Debemos acostumbrarnos a estos rumores en los próximos años... – señaló López.

– Quizás lo mejor sea hacerle un contrato de larga duración... – argumentó María, que apenas entendía de fútbol pero sí de leyes.

– En el fútbol los contratos son pan mojado, ¿sabes? Cuando un jugador quiere cambiar de equipo, por mucho contrato por medio que haya, nada puede impedir su salida. Lo que hay que intentar es que existan varios Piquitos de repuesto...

En aquel instante comenzó a oírse un gran ruido de voces procedente de la calle. Un centenar de jóvenes con pancartas y megáfonos venían avenida abajo gritando consignas y quejas. ¡Eran los indignados del 15-M, versión mospintoleña!

Al cabo de un par de minutos, cuando la alarma se había encendido en todas las caras de la mesa político-deportiva, la manifestación se paró delante de la cafetería “La Cama”. De ella salieron al frente cinco miembros y, con paso decidido, entraron en el local. El que parecía llevar la voz cantante se adelantó a los demás y empezó a hablar antes de que Hermosilla pudiera hacer nada por impedirlo.

– Señoras y señores. Somos los indignados de Mospintoles. Estamos manifestándonos pacíficamente por las calles de nuestra ciudad y en algunos locales públicos entramos sólo para recabar apoyos a nuestra causa. No se preocupen, no somos ni violentos ni maleducados. Eso lo dejamos para el campo de fútbol.

A López se le atragantó la aceituna que en ese momento estaba barajando en la boca.

– Hubiéramos pasado de largo de esta estupenda cafetería... – a Hermosilla, al que el corazón le latía más rápido que a Contador subiendo el Tourmalet, aquella frase le hizo bajar las pulsaciones – ... si no nos hubieran informado que se encuentran aquí gentes tan ilustres como la próxima alcaldesa de nuestra querida ciudad y el presidente del Rayo de Mospintoles. Sólo queremos decirles – y entonces dirigió expresamente la mirada hacia la mesa donde se encontraban los nombrados – que somos gente civilizada y honrada, ciudadanos con ganas de trabajar pero a los que no se les ofrece ninguna alternativa laboral, personas preparadas dispuestas a hacer un mundo mejor cada día si nos diesen la oportunidad. Queremos pedirles, como gente importante de la ciudad, que se preocupen por nuestros problemas. Queremos que nuestro Ayuntamiento y el equipo de la ciudad sean sensibles y cercanos a nuestras justas reivindicaciones. Son reivindicaciones que estamos seguros que muchos de ustedes comparten y que millones de españoles vienen expresando también desde hace tiempo: una reforma de la justicia, del sistema electoral, de las leyes laborales, mayor democracia interna en los partidos... Esto no son utopías sino

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

necesidades urgentes. Pero además de esas mejoras a nivel nacional y autonómico también deseamos que se produzcan cambios importantes en nuestra ciudad. Sabemos que algunos de ellos están en la agenda del futuro equipo de gobierno pero queremos ir más allá. Tenemos ideas y ganas de ponerlas en práctica con la ayuda de gente tan importante como ustedes, señora alcaldesa, señor presidente del Rayo y señor Hermosilla, representante del empresariado mospintoleño. Gracias por habernos escuchado y muy pronto, mañana mismo, recibirán nuestras propuestas concretas para la ciudad. Buenas tardes y perdonen por la interrupción.

Aquel joven, con su discursito, dejó a todos con la boca abierta y sin capacidad de reacción. Ni siquiera María Reina, bregada en años de batalla municipal, fue capaz de articular palabra. Cuando los allí presentes reaccionaron los jóvenes ya se habían marchado. Espontáneamente alguien del local, probablemente un camarero, comenzó a aplaudir y todos le imitaron.

– Este chico tiene futuro –dijo Eleuterio, el parroquiano sempiterno de la cafetería –. No estaría mal que lo contrataran en el Ayuntamiento...

EN EL CAMPO DEL RAYO

El campo del Rayo tenía una buena entrada. Iban a cumplirse las cinco de la tarde. Los jugadores habían sido citados a esa hora para hacer una serie de ejercicios físicos de cara a la galería a modo de último entrenamiento y para recibir instrucciones concretas ante las inminentes vacaciones. La afición había sido convocada en una tarde de puertas abiertas con objeto de homenajear al equipo. En muchos de los aficionados todavía se notaba la profunda decepción por no haber podido disputar la promoción a Primera aunque algunos reconocían que de haberlo hecho las posibilidades de ascenso habrían sido mínimas.

Allí estaba el público, aficionados y curiosos, llenando a medias el campo como si fuese un hito histórico lo que iba a ocurrir en el césped. Algunos, sin embargo, criticaban abiertamente el horario escogido por culpa de aquel calor insoportable. López ya podía haber montado el paripé a una hora más fresquita...

En la primera fila un grupo de chavalas de buen ver movían las tetas y unos pompones con los colores del Rayo al grito pelado de “¡Piquito, Piquito!”. Cerca de ellas tres abueletes conversaban animadamente sobre un partido liguero de hace cuarenta y un años contra el eterno rival del Alcorcada, en la actualidad en horas bajas. Una fila más arriba cuatro maduros tíos entrados en kilos, cuyo peso en bruto debía rondar la media tonelada, se zampaban sendos bocatas de mortadela al tiempo que no perdían ojo del bamboleo pectoral de las mozas. En el estadio el espectáculo – como casi siempre- estaba en la grada.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

Al cabo de pocos minutos el público comenzó a aplaudir a toda pastilla, es decir, con las dos manos y hasta con las orejas. Los jugadores del Rayo, ataviados con su equipación de gala, saltaron al terreno de juego. Encabezaban la marcha las tres figuras del equipo (Piquito, Chili y Metzger) junto al capitán. Tras ellos el resto de la plantilla y detrás el cuadro técnico comandado por el entrenador. Muchos eran los rumores que en los últimos días se habían escuchado por la ciudad respecto al entrenador, al que los sectores mejor informados daban por cesado. El salto de calidad para la siguiente temporada necesitaba a alguien con más experiencia y renombre pero -como siempre- la primera y última palabra la tendría López.

– ¡Arbitrucho, cabrón! – gritó un despistado o un cachondo, provocando la hilaridad del público de alrededor.

El entrenador desplegó a sus muchachos a lo largo del círculo central y les puso una serie de ejercicios físicos para que empezaran a sudar la camiseta.

– Eso que están haciendo – le explicaba un adolescente con acné a su abuela con arrugas – es un precalentamiento.

– Hijo, ¿necesitan precalentarse con el calorín que hace?

– Pues claro, abuela.

– Puf, esto del fútbol es *mu complicao*. Yo prefiero ver los programas de Telecinco.

Tras diez minutos de trote los heroicos chicos del Rayo, quienes saludaban de vez en cuando al respetable, empezaron a jugar con la pelota.

– ¿Y ahora qué hacen? – preguntó la abuela al nieto.

– Ahora empiezan a tocar balón.

– *Jodé, tié mérito* tocar el balón con los pies teniendo las manos...

Poco más tarde se dirigieron hacia ambas porterías.

– ¿Y ahora? – preguntaba la misma ignorante de antes.

– ¡Abuela, por favor, la gente va a pensar que eres idiota! ¡Están disparando a puerta!

– ¿Qué puerta? ¡Yo no veo ninguna puerta!

– La portería...

– Mi padre trabajó de portero en una casa del Ensanche de Barcelona allá por los años cincuenta...

– ¿Jugó en el Barça?

– No, donde jugó fue en una tómbola. Allí se gastó todo el dinero del mes y mi madre le disparó cuatro tiros en la sesera para que nunca más volviera a hacerlo.

Aquel diálogo de besugos sólo podía producirse en un campo de fútbol. El personal del graderío no paraba de beber agua mientras en el césped continuaban los alegres chicos del Rayo con su exhibición gratuita. Cuando transcurrieron cuarenta y cinco

minutos el entrenador mandó parar y dio la sesión por concluida. Se acercaba el momento del adiós.

– Amigos y amigas...

En esos momentos apareció en el campo una señorita de pequeña estatura y piel canela que, micrófono en mano, se encaminó hacia el círculo central donde se habían reunido todos los jugadores y técnicos. Era Susana Crespo.

– El Rayo de Mospintoles quiere agradecerles su presencia en esta calurosa tarde de junio. Gracias a ustedes, la mejor afición de España, nuestro equipo ha realizado una magnífica temporada. A todos los que trabajamos en el Rayo nos habría gustado haberla concluido disputando el ascenso a Primera División pero somos un equipo modesto y eso no es fácil. Sin embargo estamos convencidos de que lo lograremos más pronto que tarde.

Una salva de aplausos sonó en todo el estadio. En ese momento el grupo de chavalas ya había dejado de mover los pompones, los abueletes discutían sobre la guerra civil, los tíos de la mortadela ahora estaban liados con el salchichón y la abuela y el nieto ni se hablaban, mosqueados.

– Piquito, por favor...

Ahora comenzaban las entrevistas. Susana tenía órdenes directas de López de entrevistar a pie de césped a las tres figuras del equipo y al capitán, terminando la ronda con unas palabras del entrenador, quien dejaría en el aire su continuidad o no al frente del equipo para la siguiente temporada.

Las chavalas volvieron a mover los pompones y las tetas. El ídolo de la afición bien merecía un nuevo esfuerzo.

– Estamos muy contentos por cómo nos ha *ío* en la Liga, lástima del último *partío* porque teníamos ganas de *disputá* la promoción y si caía el ascenso pues *dabuten* y si no caía pues una experiencia genial de cara a otras temporadas. No ha *podío* ser pero el año que viene sí podrá. ¡Os lo prometo!

Una sonora ovación se oyó en todo el campo. Algunos aplaudieron doblemente al comprobar que Piquito había mejorado ostensiblemente su dicción. Qué lejos quedaba aquel discursito que dio en su primera rueda de prensa cuando la subida del Rayo a Segunda División: “Bueh... *Pueh chí... Hemoh... subío... y... no’ha ío fenomenal*”. El desparpajo del chaval, sin un pelo de tonto, y la sabiduría de don Faustino con sus clases particulares, habían empezado a obrar el milagro.

Tras la celebrada intervención de Piquito algunos aficionados empezaron a marcharse del estadio aunque la gran mayoría siguió entusiasmada escuchando las profundísimas reflexiones de los que contestaban a las aún más profundísimas preguntas de la reportera Susana.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

- Chili, ¿piensas como Piquito que el año venidero subiremos a Primera?
 – Metzger, ¿tu adaptación al fútbol español ha sido más fácil de lo que esperabas?

Cuando estaba hablando el entrenador del equipo, del túnel de vestuarios salió el inspector Cañequé padre con paso firme y ágil pese a su edad. Se acercó a Susana y le susurró algo al oído. La joven periodista señaló entonces a un jugador y Cañequé dirigió los pasos hacia él. En esos precisos momentos finalizó el discursillo del entrenador. Susana, algo azorada, le dio las gracias y dio por concluido el acto. La grada no esperaba aquel final tan abrupto por lo que se quedó expectante, como esperando algo más, no sé, unos fuegos artificiales, la salida de López para agradecer a la afición su entrega y afecto. Todos dirigieron la vista hacia aquel tipo alto, delgado y con un bigote que le tapaba casi toda la boca. Todos contemplaron en vivo y en directo cómo se acercaba hacia el jugador indicado por Susana y le dirigía unas palabras al oído. Acto seguido el futbolista, con aire cabizbajo, como si acabara de recibir una mala noticia, emprendía la retirada junto al recién llegado.

– Amigos y amigas... – Susana volvió a tomar el micrófono –. El entrenamiento y el acto han terminado. Nuestro presidente no ha podido acudir por culpa de una leve indisposición pero me ha prometido que esta noche hablará a toda la afición en mi programa “Radio Pelota”. Allí responderá a las preguntas telefónicas y por correo que tengan a bien hacerle. Muchas gracias a todos y todas y buenas tardes. ¡Viva el Rayo!

Al grito de “¡Viva el Rayo!” la gente comenzó a salir lentamente del estadio. Susana, visiblemente nerviosa, informaba al entrenador y resto de jugadores.

– ¡Lo ha detenido! ¡Cañequé ha detenido a Metzger y lo ha hecho delante de todo el mundo!

EN EL BAR “MANOLO”

El Bar Manolo estaba casi vacío. En la barra dos clientes habituales charlaban sobre las altas temperaturas del día mientras que en el reservado se veía muy animados a don Faustino y Sebastián Matute. Manolo se les acercó a entablar palique.

– En este maldito país –argumentaba Matute– la mayor parte del empleo depende de la mediana y pequeña empresa. Esa a la que tienen acribillada a impuestos y leches. Por eso estamos en la más completa ruina.

– No lo dirás por ti, que acabas de enrollarte con la Mercedes Benz... – le dijo Manolo, envidiosillo.

– Ya he puesto el letrero en el taller pero todavía no me fío del todo de estos alemanes. Mira la que han montado con el veto a los pepinos españoles. ¡La madre que los parió!

– Es que están muy cabreados – replicó Manolo, esta vez en plan irónico – porque no ganan nada al fútbol mientras que los españolitos se lo llevan todo.

– Pues sí, macho. Han llegado a semifinales de la Champions con el “Shalke 04” y gracias. Quiero decir, gracias a que el españolísimo Raúl jugaba en el equipo ese de los mineros...

– ¡Por favor, no quiero volver a oír hablar de fútbol hasta que empiece de nuevo la Liga! ¡Qué coñazo con el dichoso fútbol!

Don Faustino estaba hasta el copetín de la dichosa pelota. Durante todo el curso escolar el casi exclusivo tema de conversación entre los alumnos, entre los profesores y entre todo el mundo había sido el de los partidos del Rayo y la lucha titánica entre el Real Madrid y el Barcelona. Así que no estaba dispuesto a seguir por esos derroteros ahora que veía muy cercanas sus vacaciones. Por otro lado, su cabeza no paraba de darle vueltas a la inminente reunión que iba a tener con María Reina y otra gente del partido... político, tras haber ganado las elecciones municipales. No tenía la más mínima intención de ocupar algún puesto de responsabilidad en el Ayuntamiento pero eso no impedía que tuviera la mosca detrás de la oreja.

– A ti – dijo Manolo, mirando de hito en hito a don Faustino – lo que de verdad te amarga es que hayas salido elegido en las elecciones y ahora no sabes qué hacer...

– Pues María lo tiene claro – saltó Sebas, como movido por un resorte –. Si los mospintoleños han votado tan en masa al partido ha sido porque deseaban que el profesor entrara en el Ayuntamiento para echar una mano.

– Va, muchachos, prefiero hablar de fútbol... – dijo don Faustino, encogiéndose de hombros, pero Manolo no le dejó acabar la frase.

– En menudo follón te has metido. Y no será que no te avisé, ¿recuerdas? “No vas a poder eludir tu cita con el destino. Apostaría a que si fueras el último de la lista saldríais elegidos los veinticinco”. Así que no le des más vueltas y acepta lo que el pueblo te ha encomendado.

Don Faustino se encontraba con un –para él– grave dilema en esos últimos días previos a la constitución del Ayuntamiento. Su vida rutinaria y tranquila había sido sacudida de golpe por el destino electoral –y todo por no saber decir que no a María– y quién sabe si daría un giro total de tener que asumir alguna concejalía. Los ciudadanos lo daban por hecho pero sus allegados y conocidos sabían de sus dudas y miedos, sabían lo mal que salió del Ayuntamiento cuando estuvo de concejal en los primeros años de la transición, cuando era un honor participar en la consolidación de la joven democracia española. Ahora las cosas estaban tan torcidas –bastaba ver a los jóvenes y no tan jóvenes del movimiento de protesta del 15-M– que formar parte de un gobierno municipal era juzgado con durísimas críticas.

Manolo decidió retirarse de la conversación que mantenía en el reservado pues vio que su amigo –curiosamente– hoy tenía cara de pocos amigos. Regresó de nuevo a la barra donde los dos fieles parroquianos seguían hablando del tiempo.

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

- Pon otras dos cervezas, Manolo – dijo el que parecía con más don de gentes.
- Gastáis menos que Tarzan en corbatas. Yo pensé que me ibais a pedir dos riojas del 99 y un plato de gambas de Huelva.
- Estamos en crisis, joder, que no te enteras, Manolo...
- ¿Que no me entero? ¿Que no me entero?

Aquella ironía –en respuesta a la previa de Manolo- le sentó a este como una patada en sus partes menos nobles. Alzó los brazos al cielo pero pronto los bajó porque comprendió que estaba metiendo la pata.

- No ha sido mi intención... – dijo el cliente, disculpándose.
- Lo que pasa es que el cabreo del viejo se me está contagiando.
- Dan Faustino, ¿verdad? – preguntó el otro parroquiano, el que parecía más tímido pero más cotilla.
- Cualquiera, en su lugar, daría saltos de alegría y ahí lo veis: taciturno y cabizbajo porque teme volver a entrar en el Ayuntamiento como concejal. Hay días que no le entiende ni su padre, que en paz descansa. Pero no le digáis nada de esto, por favor. Soy su mejor amigo, lo conozco como la palma de mi mano y estoy seguro que sabrá tomar la mejor decisión.
- Buenas tardes, señores...

El recién llegado era un cuarentón dotado de un bigote superlativo. Manolo le miró y se quedó un momento pensativo. Aquella cara le resultaba conocida pero no sabía de qué.

- En estos momentos está usted pensando que mi careto le es familiar pero desconoce el motivo. Me llamo “Cinco Jotas”...
- Como el jamón... – dijo el cliente cotilla, para congraciarse con el recién llegado.
- Por ahí va la cosa. Mi nombre es Juan José Jesús Jiménez Jilguero.
- ¡Hombre! El forastero...
- Efectivamente, Manolo. Hará cosa de diez meses que pasé una tarde por aquí. Estaba el bar sin un alma. ¿Recuerda que le hablé, con toda la ilusión del mundo, de mi llegada a Mospintoles como representante de una empresa de multiservicios dedicada al mundo del deporte?
- Sí, y sobre todo porque se confesó usted seguidor a un tiempo del Madrid y el Barça. Pero lo que mejor recuerdo es que dijo que cualquier tarde se acercaría a hablar conmigo sobre cómo mejorar mi negocio y hasta hoy.
- Lo sé, amigo. Y por eso vengo a disculparme...
- Olvídelo. Salta a la vista que en este tiempo no le han ido bien las cosas...
- Es usted muy perspicaz. Dos días después de conocerle a usted y a su amigo, creo que era profesor de instituto, la empresa quebró y nos echó a todos a la calle.
- ¡Increíble! – exclamó Manolo.
- Fuimos de los primeros en pagar el pato de la burbuja futbolística. Y de sopetón, casi sin avisar. Ya le digo: hoy te mandan a Mospintoles para abrir nuevos mercados

Crónicas (deportivas) de Mospintoles © Cogollo y Mirlitón

<http://www.mospintoles.com>

y pasado mañana te llaman los jefes y te dicen que el tinglado está en quiebra, que no hay dinero ni para pagar la luz.

– ¡Qué cabrones! – metió baza el cliente con don de gentes.

– Treinta tíos a la calle en menos que canta un gallo. Que si el mercado llevaba ya dos años paralizado... que si muchos equipos se habían desenganchado de los proyectos de la empresa... que los clubes están arruinados y sobreviven gracias a las ayudas públicas y a las moratorias en los pagos... Me dieron un sinfín de razones, entre ellas que nosotros éramos de los primeros en caer pero en que los próximos años lo harán muchos más, incluyendo importantes equipos de fútbol.

– ¡Vaya putada! – dijo el cotilla.

– Manolo sabe que Juan José Jesús Jiménez Jilguero, o sea, un servidor, es un experto en hacer síntesis de las tesis y las antítesis, así que pensé que podría seguir trabajando en una empresa quebrada hasta tanto encontrara una solución superadora de la situación pero en cuestión de horas me dieron como indemnización una mesa de despacho y su correspondiente sillón giratorio y me vi en la calle sin poder creerme que aquello estuviera pasándome a mí. Los compañeros de despido me sacaron pronto de dudas. Los treinta estábamos en la puñetera calle cuando horas antes creíamos formar parte de una empresa en expansión y con altos beneficios.

– ¡Valientes sátrapas! No hay nada como ser autónomo. Al menos se ahorca uno mismo... – dijo un airado Manolo, concedor como nadie de las dificultades por las que pasaba la economía de muchos, incluida la suya.

– No culpo del todo a los jefes. Se montaron en la noria especulativa, se creyeron las milongas que les contaron algunos presidentes de club y muchos políticos municipales y empezaron a levantar en un par de años una prometedora empresa con ideas bastante consistentes pero ya sabe, si no hay bases sólidas sino simples promesas, contratos de medio pelo y esas cosas, al final todo se viene abajo si aparece una ventolera descomunal que lo arrastra todo.

– ¿Y qué ha sido de su vida desde entonces?

– Con este piquito de oro que tengo lo he intentado todo, desde vender enciclopedias a hacer unas oposiciones a cualquier cosa. Un desastre. Somos trecientos mil candidatos los que aspiramos a una oferta de trabajo de cualquier clase, aunque paguen una miseria. Al final decidí montar una pequeña empresa en internet junto con mi señora, a la que también han despedido de la tienda de muebles en donde trabajaba, y por ahora parece que vamos tirando.

Mientras el cliente cotilla se interesaba por el nuevo modus vivendi de don “Cinco Jotas”, Manolo regresó al reservado donde Matute y don Faustino estaban hablando... ¡de sexo! Decididamente el viejo profesor no tenía su tarde...